



XXXIX
PREGÓN
TAURINO

SEVILLA 2023

SANTIAGO MUÑOZ MACHADO



© Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

© Por los textos, sus autores.

© Lord Norman Foster. Cartel *Toros en Sevilla*, 2023.

© Cartel del XXXIX Pregón Taurino de Sevilla 2023.
Colección Real Maestranza de Caballería de Sevilla.
Fotografía de Jesús Martín Cartaya. Diseño Gráfico: Manuel Ortiz

Cubierta: Orla de Juan de Valdés (*Siglo XVIII*).
Biblioteca de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

Imprime: CRUZ Artes Gráficas
I.S.B.N.: 978-84-949144-1-6
Depósito Legal: SE-1026-2023
Sevilla 2023

XXXIX
PREGÓN TAURINO
DE SEVILLA

REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA



Cartel *Toros en Sevilla*, 2023. Obra de Lord Norman Foster



El día 9 de abril, Domingo de Resurrección, tiene un hondo significado en Sevilla, del sentir cofrade se pasa al sentir taurino, y el hito que marca la transición viene de la mano de la lectura del Pregón Taurino, con éste queda inaugurada oficialmente la nueva temporada en la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

El pregonero de esta XXXIX edición, celebrada en el Teatro de la Maestranza, fue el Excmo. Sr. D. Santiago Muñoz Machado, Director de la Real Academia Española, a quien la Excma. Sra. Dña. María Dolores de Cospedal, su presentadora, definió como: *insigne jurista en lo académico y en la praxis diaria, prolífico escritor, cultivador de un ensayo vivo, actual e intemporal y enamorado de la historia*. Además de académico, el pregonero es ganadero y propietario de la ganadería Jaralta; por tanto, y como no podía ser de otra forma, sus palabras versaron sobre la conexión entre los toros y la cultura y cómo la cultura taurina se transmite a la Real Academia en sus más de trescientos años de existencia y se acaba reflejando en el vocabulario taurino implícito en nuestro diccionario.

La presentación del acto, que tuvo como telón de fondo los pasodobles magistralmente interpretados por la Banda Sinfónica Municipal de Sevilla, corrió a cargo del Ilmo. Sr. D. Juan Carlos Cabrera Valera, Teniente de Alcalde, Delegado del Área de Gobernación, Fiestas Mayores y Área Metropolitana.

Así mismo, junto a las intervenciones del pregonero y presentadores se incluyen en esta edición imágenes de los carteles anunciadores del Pregón, que en esta ocasión es una fotografía de una leyenda del toreo como es Francisco Romero López, *Curro Romero*, cuyo autor es Jesús Martín Cartaya y de la temporada taurina, obra del prestigioso arquitecto británico, Lord Norman Foster.

Para finalizar, solo me queda invitarles a que lean esta publicación y se contagien del sentir taurino y la excelente prosa que desprenden estas páginas.

Santiago de León y Domecq
*Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza
de Caballería de Sevilla*

XXXIX PREGÓN TAURINO DE SEVILLA

9 DE ABRIL / 2023
DOMINGO DE RESURRECCIÓN
TEATRO LOPE DE VEGA

Presentador
DON SANTIAGO MUÑOZ MACHADO

Presentadora
DOÑA MARÍA DOLORES DE COSPEDAL GARCÍA

Excmo. Ayuntamiento de Sevilla
Real Maestranza de Caballería de Sevilla
Con la colaboración de la Banda Municipal de Sevilla

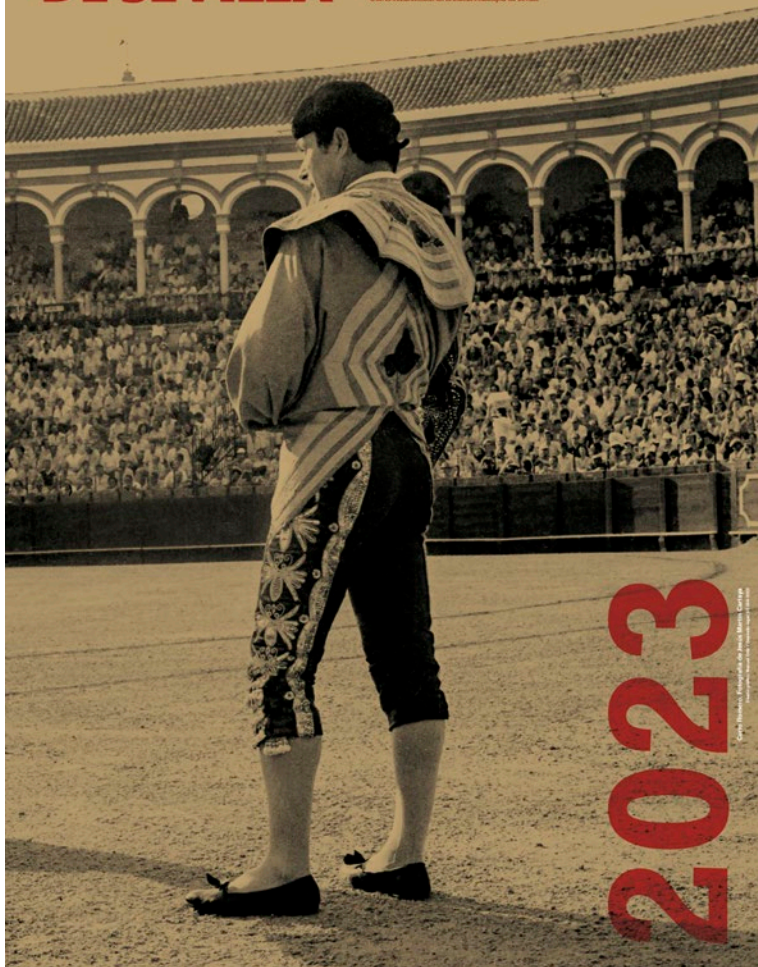


Foto: Manuel Rodríguez de la Hoz - Corbis

Cartel del XXXIX Pregón Taurino de Sevilla 2023.
Colección Real Maestranza de Caballería de Sevilla.
Fotografía de Jesús Martín Cartaya. Diseño Gráfico: Manuel Ortiz

PRESENTACIÓN
DEL PREGÓN TAURINO POR
D. JUAN CARLOS CABRERA VALERA
TENIENTE DE ALCALDE, DELEGADO DEL ÁREA DE
GOBERNACIÓN, FIESTAS MAYORES Y ÁREA
METROPOLITANA DEL EXCMO.
AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

Excelentísimo Sr. Alcalde de Sevilla,

Excelentísimo Sr. Teniente de Hermano Mayor de la Real
Maestranza de Caballería de Sevilla,

Excelentísimo Sr. Consejero de Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa de la Junta
de Andalucía,

Excelentísimo Sr. Teniente General Jefe de la Fuerza
Terrestre,

Excelentísimo Sr. Rector Magnífico de la Universidad de
Sevilla,

Pregonero,

Presentadora,

Señoras y Señores:

Hemos entrado de lleno en la época más bella del
año: La Primavera. Tras una histórica Semana
Santa, en la que Sevilla ha estado en la primera
línea de actualidad con la celebración del Santo Entierro
Grande, entramos de lleno en otra de sus grandes realidades:
La feria taurina.

Sevilla ya huele a albero. Mientras se sigue construyendo una ciudad efímera bajo un cielo de farolillos, la plaza de la Real Maestranza se llenará del mejor de los toreo.

Sevilla es por excelencia, cuna universal de la tauromaquia, capital por antonomasia donde el toreo tiene la plena consideración de arte y se entronca de lleno con su faceta cultural.

Sevilla vuelve a ser a partir de hoy una ciudad abierta al mundo, con el toro como verdadero protagonista. Epicentro para atraer a personas de cualquier rincón del planeta que sienten como nadie una verdadera pasión por esta Fiesta.

La tauromaquia forma parte de la vida e historia de Sevilla.

No se entendería hoy día la una sin la otra. Y eso ha quedado recogido en los tratados, en los libros de historia y en multitud de obras de grandes pintores, escultores o arquitectos, que con sus manos han creado obras de arte relacionadas con el toro.

Es el caso este año de Norman Foster, quien ha plasmado su amor por los toros en el cartel anunciador de la Real Maestranza, una institución que cuenta hoy día con una de las mejores pinacotecas, única por su amplitud y por las importantes firmas que la conforman.

Llegados a este punto uno podría preguntarse. ¿Cómo alguien que acude por primera vez a una plaza de toros hace un año, es capaz de enamorarse de esta Fiesta?

Sin duda, la respuesta es que la tauromaquia te atrapa y te fascina, porque es una realidad inigualable en todas sus facetas.

Felicito, una vez más, a la Maestranza de Caballería, aquí representada en la figura de su Teniente de Hermano Mayor, por su continua labor de mecenazgo en el ámbito académico y cultural, que redunde de una forma muy positiva en la imagen universal de la ciudad de Sevilla.

Señoras y señores. El toreo es un arte universal en estado puro, que hay que cuidar y mimar desde todas las instancias. Porque es esa “riqueza poética y vital mayor de España”, como la definía Lorca.

En mi calidad de delegado de Fiestas Mayores, adquiero un año más ante todos ustedes el firme compromiso del Ayuntamiento de Sevilla en la defensa de esta Fiesta. Y, como no, el mayor de los apoyos a las instituciones, empresas, colectivos y personas que velan por ella, la defienden y la viven como nadie.

Les invito a vivir plenamente nuestra ciudad, a hacerla suya en los días venideros; a seguir apoyando el mundo de los toros. Decía Morante de la Puebla que “soñar el toreo es más hermoso que torear”.

A partir de hoy este magnífico sueño ya es una realidad en la ciudad más bonita del mundo. Pasen, vean y disfruten.

Muchas gracias.

PRESENTACIÓN
DEL PREGONERO A CARGO DE
DÑA. MARÍA DOLORES DE COSPEDAL

Con la venia.

Tengo la enorme fortuna de estar hoy aquí con todos ustedes en el día en el que la Gloria inunda Sevilla, la vida triunfa ante la muerte y la esperanza gana la batalla al fatalismo. Y a diferencia de otros años, en éste he de ejecutar ante ustedes la tarea que, por iniciativa de un gran andaluz comprometido con el porvenir de su tierra y ejemplo de responsabilidad, mi amigo Santiago de León y Domecq, me ha encomendado la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, querido Santi, siempre te estaré agradecida por confiar en mí para ello y a la Real Maestranza por tener la valentía (lo mío es osadía) de ofrecerme introducir a un espada de lujo, cuyo acero es la palabra, como el que tenemos hoy, otro Santiago, mi gran amigo y admirado Santiago Muñoz Machado.

Es la primera vez que un Director de la Real Academia Española actúa de pregonero en esta plaza. Y lo hace por encomienda de una institución tan vinculada a la historia de España como es la Maestranza de Sevilla, desde sus remotos orígenes con los caballeros que acompañaron al Rey Santo tras la conquista de la ciudad y con la protección de San Hermenegildo, el mártir que fuera rey de Sevilla. Santo intercesor también desde 1814, de la Real y Militar Orden que premia la constancia en el servicio y la intachable conducta de los militares españoles y cuyo Gran Maestre y Soberano es el Hermano Mayor de la Maestranza, Su Majestad el Rey Felipe VI, Maestranza de Caballería que a su vez es Real porque así lo quiso su antecesor Felipe V.

Hoy le porto los trastos a nuestro pregonero que seguro hará una faena cuyos tercios se llenarán, en primer lugar, del español, su lengua, a la cual defiende, mima y entrena para hacerla cada vez más fuerte, a continuación, de la transmisión de sus señas de identidad porque su carnet aunque digitalizado, tiene la huella imborrable de la pasión por la tauromaquia y por último, de su necesidad de ser un hombre global, un polímata de vocación y de resultado, en fin, un español, ibérico e hispano de su tiempo y de todos los tiempos. Y seguro que todo ello lo hará con lances de gaoneras y chicuelinas, banderillas ganándole la cara al toro y pases al natural de hacer revivir a un muerto, como los ejecutaba el Faraón, al que todos le celebramos este año, 90 reinados de domingos de Resurrección. Tanta es la maestría, la entrega, el amor por lo propio y el respeto a la patria y al intelecto, que Santiago Muñoz Machado es a la vez, insigne jurista en lo académico y en la praxis diaria, prolífico escritor, cultivador de un ensayo vivo, actual e intemporal, enamorado de la historia que es la que otorga sentido a su propia trayectoria personal y a la nuestra colectiva como nación. Y esa concepción holística es esencial para comprender al intelectual que hoy tengo el honor de introducir.

Él ocupa para toda su vida, el sillón de la letra r minúscula de la Real Academia, minúscula tan energética y rotunda que su fonema identifica para un extraño al que habla como hispanohablante y que arranca de nuestros labios ideas tan identificativas del carácter de nuestro pregonero como razón, rito, rigor. Desde hace 5 años, Director de esa Academia que limpia, fija y da esplendor que él dirige con eficacia, orgullo y como un auténtico activista, con la presencia permanente de los hermanos hispanoamericanos que engrandecen nuestro español y lo han hecho universal desde esta ciudad de Sevilla. Sevilla, que fue corriendo la mano como correspondía, para torear ese magnífico ejemplar que era y es el vínculo de España y América.

Y además de todo esto, también es ganadero, pero sin serlo, lo es porque a Jaralta acuden como a su casa, los que necesitan aprender y los consagrados, los que tienen la ilusión que sobrepasa al miedo y los que saben que el miedo se doma con tesón y mucho sacrificio, pero no se pierde; los jóvenes de las escuelas taurinas y los toreros a caballo, así es Santiago, ganadero, sin serlo. Y por esos pagos de la sierra cordobesa la amistad y el amor al toro se comparten con Aguado, Ponce y con Perera, con Finito y con Escribano, con José Luis Moreno y por supuesto con sus Rafael y Ángel Peralta y su querido Manuel Benítez, *El Cordobés*.

Estamos en Sevilla, pero no puedo obviar que hoy rondan por aquí, porque ellos se enseñorean de toda Andalucía, muchos espíritus que unen a los califas cordobeses con nuestro califa sevillano de hoy, que vive en una España a veces pareciera que desnuda de intelectuales preocupados y ocupados en pensar qué ha de ser de nuestra patria. Santiago, como Lagartijo, cree en la importancia de la estética y la ética de los procesos para llegar a un fin, que la estocada final no es lo único y que el trayecto que se siga para alcanzar un objetivo define a una democracia, a un hombre libre y a un hombre bueno. Certero y conocedor de su oficio e interesado en todo lo que ocurre a su alrededor, su mente formada pero tolerante sabe cómo Guerrita, que “un ca uno es un ca uno” y que “hay gente pa tó”. Por eso, heredó de su padre la convicción de que no puede dedicar todo su intelecto y su espíritu a una sola ciencia, a un solo saber.

Aquí en Sevilla, se hizo Manolete matador de toros atestiguándolo Gitanillo de Triana quien también lo viera morir al cruzársele Islero aquella tarde de Linares, perdiéndole esta capital para siempre. Santiago sabe cómo él, que hizo las Américas con fortuna y por eso, entre mucho arte, fue el más universal de los maestros de su tiempo, que el español es lengua terráquea por ser de España, de América,

de Guinea, de Filipinas y de donde quiere y se ocupa de demostrar tal obviedad a los astados más contumaces en la ignorancia de ambos lados del charco, por cierto, a ninguno de ellos indultaría esta plaza como hiciera en 2011 con ese Arrojado magnífico de Núñez del Cuvillo. Y esa faena la aborda con la valentía del que torea despacio como Morante y con la misma pureza creativa del de la Puebla da fe de que la intelectualidad y la historia de la literatura española, no se entienden sin la tauromaquia.

Porque Muñoz Machado es un hombre vertical como lo era el toreo de Manolete y ligando los pases con el poderío y el mando de Joselito, aborda en su actividad diaria, entre otros, dos de los males más importantes que sufre nuestro país: por una parte la utilización de la lengua como elemento de exclusión y división y por otra, la intolerancia, a la que siempre acompaña su siamesa la ignorancia, en esa pelea encarnizada, arrogante, suicida y sin hacer prisioneros, que mantienen para ganar la guerra de las ideas los que carecen por completo de ellas.

Este sentido de lo profundo, de lo auténtico, que imprime de hondura Belmonteña el hacer de Santiago Muñoz Machado y que se trasluce en una honradez intelectual desprovista de vanidad pero también de falsa modestia, hace

suave, penetrante y profundamente eficaz su magisterio en el ámbito del Derecho Administrativo y Constitucional (el manual de los Estados, los Gobiernos y la defensa de la legalidad) y en su prolífica y dilatada práctica como abogado. Y ese fundamento recóndito, esa línea maestra que lo fija al suelo con la rotundidad y oficio de Julián López, *El Juli*, es cruzada por una delgada pero firme y elástica línea horizontal que se envuelve como una verónica alrededor de todas sus querencias e impregna de constancia y sapiencia su actividad.

Por eso es uno de los juristas que desde su cátedra han dejado huella física y literaria en el Derecho Público español ya desde su participación activa en la Transición para la conformación de nuestros fundamentos jurídicos como nación, la más antigua de Europa, a pesar de que algunos, muy ruidosos, pero poco sobresalientes se empeñen en negar la evidencia.

Paradigma de este hacer redondeado como el foso de la Maestranza, son las dos ocasiones en las que como abogado ganó un pleito a la Generalidad de Cataluña por la prohibición que ésta hizo dos veces de representar en la Monumental de Barcelona el espectáculo “Carmen, ópera andaluza de cornetas y tambores”, que incorporaba una

lidia a caballo, ideado por el gran sevillano que era Salvador Távora. El Tribunal Superior de Justicia de Cataluña sentenció que la Generalidad había vulnerado el derecho fundamental a la libertad de creación artística acusándola de hacer “un ejercicio de añeja y aun vergonzante censura en la más ruda acepción del término”, así, el diestro-abogado Muñoz Machado, ganó para su cuadrilla (en este caso su cliente y sus colaboradores), la cantidad de 40 millones de las antiguas pesetas en cada una de las ocasiones. Carmen contra la Generalidad, representa muy bien las contradicciones de nuestros días, así como el carácter humanista de la actividad de Santiago Muñoz Machado.

Lo mismo cabe decir de su apuesta por la lengua de todos, el español y por su empecinamiento en recordarnos la historia. Fue merecedor del premio Nacional de Historia por “Hablamos todos la misma Lengua”, descripción certera y didáctica como pocas, de cómo el español ha sido instrumento de globalización, vehículo de transmisión de una cultura, unos valores humanísticos y un saber milenario. ¿Será casualidad que cuando se pregunta a Santiago por una faena que recuerde especialmente, venga a su memoria que todo lo glosa, la faena de César Rincón en las Ventas que en 1994 lo consagró como una figura del toreo, llave maestra para que otros toreros americanos pudieran hacer

las Españas?, seguro que no. Igual que no es casualidad que hoy pregone la feria que se inicia con un cartel donde otro Inca como Garcilaso, Andrés Roca Rey, llenará nuestra tarde con valentía, arte y pundonor y hará las Españas de este lado de la mar oceánica dando una larga cambiada a los que hablan con envidia de no sé qué leyenda negra.

No quiero olvidar por último al mejor apoderado, capitalista, compañera infatigable, musa perseverante y absolutamente imprescindible, Marta Carro, un ser humano excepcional y grandioso en su inteligencia y en su generosidad.

Director de la Real Academia Española, maestro de juristas, marque su jurisdicción y consume para nuestro deleite la suerte que nos haya proyectado. Su público lo espera.

SANTIAGO MUÑOZ MACHADO

XXXIX
PREGÓN TAURINO
SEVILLA, 2023

TEATRO DE LA MAESTRANZA
9 DE ABRIL DE 2023

LOS TOROS Y LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Señoras y Señores:

Hace treinta años asistí por primera vez a un acto como el que hoy celebramos. Ángel Peralta fue el pregonero ese día y quienes estuvieran en el teatro pueden dar testimonio de que no han visto en su vida pregón igual. El Centauro de las Marismas contó sus experiencias de apasionado ganadero marismeño, de rejoneador y de enamorado de la feria sevillana. Lo hizo más en verso que en prosa y, sobre todo, acompañado de cantaores, guitarras y piano. Alternaba sus explicaciones con composiciones creadas para la ocasión por Manuel Pareja Obregón, los fandangos que interpretaba un cantaor de Huelva, que pasaba por ser entonces el mejor en ese arte, y las vibrantes acometidas de Felipe Campuzano, sentado al teclado de un magnífico piano de cola. Todos en el escenario al mismo tiempo.

Decía, por ejemplo, el “fandango del maletilla”: *Sueña el niño con el toro,/con capote y banderillas/, con tener una cuadrilla/ y poder vestirse de oro/ en la plaza de Sevilla.* Y el cantaor le replicaba, poniéndole música a la letra. Siempre tuvo el admirado rejoneador una afición desbordante por subrayar con composiciones literarias lo que ocurría en el universo taurino, para dejar constancia de que la cultura del toro no se agota en la lidia, que no era, para él, sino el hecho alrededor del que gira un universo de arte y creatividad.

Yo sabía muy poco de la Fiesta por entonces. Había ido a los toros de niño y con poca frecuencia en mis tiempos de estudiante madrileño. Tampoco había conocido nada de la cría del ganado bravo porque en las dehesas de mi tierra de los Pedroches nunca ha habido una ganadería de reses bravas. Y de la cultura taurina sabía las pocas anécdotas que me había contado mi padre y lo que me enseñaron los poemarios de la generación del 27, en la que abundaron los aficionados. Mi vocación era clara por el trabajo intelectual, la abogacía y la cátedra universitaria. La investigación y la escritura eran mis ocupaciones, y no había encontrado en los toros nada que me llamara la atención hasta que conocí a Ángel Peralta, poco tiempo antes de aquel inolvidable pregón.

Fui, eso sí, a partir de entonces, un alumno apasionado. Compartimos interminables jornadas de tientas en el Rancho El Rocío de la Puebla, o en la placita de La Jaralta. Él se pasaba las horas, desde que cumplió sesenta, cuando lo conocí, hasta sobrepasar los noventa, montado en su caballo y observando por encima de los portones lo que ocurría en la arena, corrigiendo y enseñando, y yo me dedicaba a aprender deprisa de toros y de caballos. Para conseguirlo, conocí a muchísimos personajes imprescindibles para que la tradición taurina se mantenga. No perdí ocasión de hablar

con un buen número de confidentes y amigos nuevos, procedentes del variopinto universo de los mayorales, picadores, monosabios, maestros puyeros, fabricantes de petos, sastres de vestidos de torear, garapulleros, peones, veedores, apoderados, empresarios y maestros matadores, archiveros todos de un anecdotario taurino asombroso.

Me complacía mucho también oír las biografías de los caballos de Peralta. De aquel llamado *Favorito* que sacaba a torear sin cabezada; de *Gaviota*, un caballo feo pero más torero que ninguno. Le dijo una vez Juan Belmonte a Ángel que parecía que lo llevaba a la plaza metido en una maleta, pero que cuando se desperezaba el animal se convertía en un prodigio con un valor y un arte impresionantes. *Ingenioso*, que hacía un piafé balanceado tan imposible que parecía que sabía bailar el jarabe tapatío, el baile nacional de los mexicanos; él solo llenó una vez la monumental de México con tantos sombreros que tuvieron que suspender la corrida un rato hasta que pudieron despejar el ruedo. *Jabato*, que sabía quebrar por los dos costados. Y, en fin, *Brujo*, el más reciente pero el más grande, el más sensible y dulce de genio, poderoso y torero, que ha durado en las cuadras de Peralta hasta hace poco y ha dejado una copiosa descendencia.

Empecé a verlos de una manera distinta, a valorar detalles que antes me habían pasado desapercibidos: la posición de sus orejas, su mirada, la forma recta, chata o acarnerada de su nariz, que permitía adivinar su estirpe, la fortaleza de sus pechos, la rectitud de sus aplomos, la rotundidad de sus suelos, el campaneado o no de sus manos al trotar, la espalda recta, el arranque de la cola, la grupa poderosa. Cuando ya empezaba a poder opinar sobre su morfología, Ángel y Rafael me enseñaron que lo importante era su alma. ¿Te has fijado en la expresión que tiene?, decían. La expresión, eso era lo fundamental para el caballero. Había que encontrarla en la cara y en los ojos, pero también en cada parte del cuerpo, en cada movimiento.

También el alma era lo fundamental que había que ver en los toros para poder intuir su nobleza y su bravura; más allá de sus hechuras había que mirar su alma para tratar de averiguar su carácter. Apostábamos a menudo, el gran rejoneador y su modesto aprendiz, a adivinar como se comportaría el toro en la plaza, teniendo en cuenta, tan solo los primeros gestos al salir del toril, es decir, considerando como aparecía en el ruedo, si levantaba o no la cabeza, cómo miraba, si galopaba a la izquierda o a la derecha, cómo remataba en las tablas... Insuficiente, desde luego, para el pronóstico, pero el juego era divertido para aprender.

Ángel y Rafael Peralta se empeñaron también en hacerme ganadero. Me cedieron una punta de vacas que fueron a parar, por primera vez en la historia taurina, a una dehesa del Valle de los Pedroches. Declaro que en esto fracasaron. No es lo mismo criar una piara de vacas y toros, aunque sea grande, que ser ganadero de bravo. Es un oficio difícil y hermosísimo, que admiro mucho, pero que exige dedicación plena, continuidad y mucha vocación y yo no tenía ninguna de esas cosas porque mis oficios preferentes eran distintos y me ocupaban todo el tiempo. De modo que dejé declinar la vanidad de pretender ser ganadero, por respeto a los que lo son de veras y tanto arriesgan a entregarse en esa complicada profesión.

El fracaso no ha impedido, sin embargo, que se activara alrededor de la modesta ganadería pedrocheña todo un enjambre de ingenio. Ángel Peralta tomó una flor de jara de la finca a la que habían llegado sus novillos y vacas, la puso entre las páginas de un libro, y al volver a la Puebla le pidió a su herrero que fabricara un hierro que siguiera el perfil de la flor aplastada en el libro, y así nació el hierro de Jaralta. Poco tiempo después un muy querido amigo, médico y compositor, Pepe Díaz, compuso unas sevillanas que actualmente se pueden oír con frecuencia en las casetas de feria de Sevilla y en los caminos y las casas de El Rocío:

“Soñó la flor de la jara/ con blancas plazas de tientas/
con candelas de herradero,/ y se despertó una mañana/
siendo hierro ganadero.”

“Soñó la flor de la jara/ con Sevilla y la Maestranza/, y
apareció en los carteles/ con el nombre de Jaralta”.

Nunca dejó de crecer en mí el apetito por conocer hasta el último detalle de la cría del toro bravo, y de la celebración del rito de la corrida, pero también apareció en mi vida con fuerza la cultura taurina, mucho más ancha y deslumbrante que lo que pueden expresar los momentos estelares de la lidia, que solo son la cumbre fugaz donde confluyen las interesantes historias personales, la creatividad y el arte de todos los que concurren a la gran celebración.

Ya he dicho que el propio Ángel Peralta trató siempre de glosar sus experiencias y andanzas múltiples, con composiciones literarias que iban de las paremias, sentencias, adagios o apotegmas, de invención personal, que él denominó “Cabriolas”, a los cuentos y poemas; sobre todo los poemas. La “cabriola” que más le gustaba la usó para iniciar aquel pregón que recuerdo: “Torear es engañar al toro sin mentir”. Pero hay de todo en su obra escrita, que felizmente está publicada casi al completo.

Recuerdo muchos poemas relacionados con el toreo a caballo, que quizás culminan con aquel lamento “Que no se oigan las palmas/ que mi *Cabriola* duerme/...”, escrito el día que un toro fulminó, en medio del ruedo, de una cornada en el corazón, a uno de sus caballos preferidos. Pero también escribió otros muchos que tuvieron que ver con su concepción de la vida, de los paisajes de la marisma, o del amor. Siempre me parecieron afortunados, los poemas que le inspiró un encarcelamiento injusto por haberse enamorado de una joven de 21 años, que, en aquellos tiempos, no eran bastantes para la mayoría de edad de la mujer. Describe el rejoneador su celda

*Tiene una mirilla,
del tamaño de una almendra,
por donde pasa el aire
y ni siquiera entra.*

Y lamenta la soledad de sus caballos

*Presos en la Puebla
piafan mis caballos,
dolidos por mi ausencia.*

Cientos de amigos, caballeros en monturas enjaezadas, fueron a recibirlo a la puerta de la prisión el día que lo soltaron. En Sevilla han sonado durante decenios las sevillanas que él compuso para que no se perdiera el recuerdo del acontecimiento:

*Cabalgando mi caballo hasta la cárcel llegó
Y en la puerta relinchó,
porque no comprendía
que hubiera cárcel de amor.*

Ángel, y también Rafael Peralta, a quienes tantos homenajes debemos, se empeñaron durante toda su vida, siendo los mejores en su oficio, en testimoniar la relación existente entre la cultura popular a la que pertenecen los festejos y la cultura literaria inspirada en ellos.

No han sido los primeros, desde luego. Esta conexión de los toros con la literatura, la pintura, el cine y otras bellas artes ha sido muchas veces explicada y se utiliza, con razón, para desmentir que los toros sean una fiesta bárbara y primitiva, una diversión humana a costa del sufrimiento de nobles brutos.

Pero, después de saber algo de toros, tras el aprendizaje que he recordado, me pareció muy interesante conocer cómo se ha producido el acercamiento entre la fiesta y la literatura porque ha habido momentos de tajante separación, movimientos de aproximación y una situación actual que parece que, de nuevo, es de distanciamiento. Desde cualquiera de las posiciones más extremas, críticas o favorables a la fiesta, hay una montaña de escritos publicados en los últimos dos siglos y medio. No los puedo analizar todos, pero me valdré de la atalaya que me ofrece la Real Academia Española, para exponer el asunto según se ha visto desde esta institución a lo largo de los tres últimos siglos.

La mirada crítica de los intelectuales respecto de las corridas fue bastante corriente en el siglo XVIII, y creo que tiene una explicación clara en la situación de la fiesta entonces. Si son acertadas las conclusiones de Nicolás Fernández Moratín, en su *Carta histórica sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España de 1777*, las corridas tuvieron un origen caballeresco y están vinculadas a la pelea y lanceamiento de los toros a caballo.

En 1927 se publicó el importante ensayo del marqués de San Juan de Piedras Albas titulado *Fiestas de toros. Bosquejo histórico*. Su mayor interés radica en la combinación de las diferentes hipótesis sobre el origen de las fiestas taurinas que se habían ofrecido hasta entonces, ordenándolas atribuyendo a cada una de ellas un período histórico de referencia. En las primeras fases de su evolución, las fiestas taurinas contaron con una participación directa de los vecinos de las localidades donde se celebraban, y solo con el tiempo se logró someter estas celebraciones a una reglamentación estricta y confiar su desarrollo a profesionales a sueldo.

Lo que no se llegó a impedir con esta disciplina es que las celebraciones con toros resultaran tumultuarias y desordenadísimas. Las crónicas describen la concurrencia de la fuerza pública, o de tropas en alguna ocasión, interviniendo para despejar la plaza, contener atropellos, reprimir a borrachos, y evitar, en fin, que hicieran su agosto aventureros, pícaros y truhanes.

Las descripciones de las fiestas populares con toros en los siglos XVI y XVII expresan a veces muy exactamente la confusión dominante en las plazas. Entonces la intervención de la autoridad se hacía imprescindible para que pudiera

desarrollarse el espectáculo taurino. Una orden dictada por el Consejo de Castilla el 24 de junio de 1659 hará pregonar: “Que ninguna persona saque espada a plaza hasta que se haya mandado tocar a desjarretar”.

Pero algunas reglas de la lidia empezaron a estar claras a mediados del siglo XVIII. Lo primero de todo había de ser herir y quebrantar al toro, misión esta confiada a los varilargueros, para pararlo y reducir su fuerza. Si el animal no se prestaba al juego por manso, abanto o marrajo, le soltaban los perros, que sustituían o completaban el ataque a su integridad. Cuando el toro estaba suficientemente herido a juicio de la autoridad, ordenaba tocar a desjarrete. Entonces intervenía directamente el pueblo. Quienes quisieran participar entraban en la plaza descolgándose de las balconadas o de los artilugios de madera o los carros establecidos para cerrar el recinto. Algunos blandían su desjarretadera, una larga asta en cuya punta se instalaba una cuchilla afiladísima con forma de media luna, especialmente práctica para cortar los jarretes o corvejones del toro. Así lo rendían. Luego, lo remataban a sablazos.

Cuando esta clase de fiestas se desarrollaba en España ya existía la Real Academia Española. Fue fundada en 1713, de modo que va a cumplir trescientos diez años de antigüedad.

Son también trescientos, más o menos, los años que han cumplido lo que conocemos como las corridas modernas y reglamentadas, la Fiesta según la conocemos en la actualidad. Si examinamos la relación de la Academia con los espectáculos taurinos podremos establecer conclusiones muy exactas sobre cómo ha evolucionado la relación entre los toros y la cultura en estos trescientos años. La periodificación que podemos establecer para este examen coincide con la de cada uno de los siglos transcurridos.

En el siglo XVIII abundaron los detractores de las corridas. Tenían a la vista todavía el desarrollo brutal de los espectáculos, práctica contra la que empezaron a reaccionar los gobiernos de tres maneras: primero, sacando al pueblo de la plaza para que pasara de ser participante activo a público. Segundo, encomendar la faena de matar a un profesional; en Sevilla, según los Anales de la Real Maestranza de Caballería que publicó el marqués de Tablantes, el primer torero de a pie que se contrató fue Miguel Canelo, en 1733. Y la tercera gran transformación de la fiesta fue su reglamentación, que hizo posible la sustitución de la celebración desordenada y tumultuaria de los juegos de toros por un espectáculo ordenado de acuerdo con unas reglas que impusieron, primero, los

propios matadores e inmediatamente, atendiendo a sus pautas, las autoridades públicas. De los criterios profesionales los mejores ejemplos son la *Tauromaquia o arte de torear* de Pepe Hillo, publicada en 1796, a la que siguió la de Paquiro, publicada cuarenta años después, en 1836, con el título de *Tauromaquia completa o sea el arte de torear en la plaza*. Estas cartillas prácticas serían sustituidas por los reglamentos taurinos. Los primeros de todos parece que fueron los que dictó Miguel Ordóñez, primero para Málaga, en 1847, cuando era gobernador, y más tarde para Madrid, en 1852, siendo ministro de la gobernación.

Pero vuelvo al siglo XVIII. Entre nuestros académicos ilustrados de aquel periodo es fácil encontrar grandes críticos, entre los cuales, muy destacadamente, Jovellanos, que se despachó con dureza contra las corridas de toros en su *Memoria para el arreglo de los espectáculos y diversiones públicas*. Decía el ilustre político y escritor asturiano que “La lucha de toros no ha sido jamás una diversión ni cotidiana, ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, ni generalmente buscada y aplaudida. En muchas provincias no se conoció jamás, en otras se circunscribió a las capitales y donde quiera que fueron celebradas, lo fue solamente

a largos períodos y concurriendo a verla el pueblo de las capitales y de tal cual aldea circunvecina. Se puede, por tanto, calcular que de todo el pueblo de España apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo, pues, se ha pretendido darle el título de diversión nacional?”

Fue importante la influencia de Jovellanos hasta el extremo de que él y sus compañeros académicos lograron que los monarcas del XVIII actuaran contra los espectáculos prohibiéndolos parcialmente (como hizo Carlos III con la Pragmática sanción de 9 de noviembre de 1785) o de modo total (como ordenó Carlos IV mediante Real cédula de 10 de febrero de 1805).

La prohibición se levantó enseguida, pero la relación de los académicos con las corridas de toros tardó en normalizarse. Las crónicas taurinas publicadas en los periódicos de época empezaron a abrirse camino poco a poco desde principios del siglo XIX, pero en la literatura, fuese romántica o realista, tardaron tiempo en calar. Entre los románticos académicos, el duque de Rivas, que fue un par de años director de la Academia, escribió un encendido y taurino romance al conde de Villamediana. Y entre los

grandes del realismo español, que pertenecieron a la RAE, fue don Juan Valera quien manifestó en sus obras mayor admiración, como nota en su *Apología de las corridas de toros*. Benito Pérez Galdós cuenta con pormenor la trágica historia de Pepe Hillo en su episodio nacional *Mendizábal*. Y Emilia Pardo Bazán se refiere a episodios taurinos, e incluso compone algún poema de juventud con ese argumento, de un modo bastante lateral.

La generación siguiente, la del 98, debió sentirse, por fuerza, conmovida por algunos de los escándalos y las muertes de toreros que orlan los años de entresiglos, pero no se observan por los escritores el espectáculo y las aficiones taurinas, sino como una manera de aproximarse al ser de España y el carácter de los españoles. Este es el sentido de las reflexiones de Miguel de Unamuno en sus varios escritos taurinos, o de los pensamientos del Juan de Mairena de Antonio Machado. Quizá sea Azorín el más próximo porque llegó a escribir crónicas en los periódicos y dedicó un soneto a *El picador*; Pío Baroja incorpora la corrida de toros a su novela *La busca*; Palacio Valdés lo hace en *Riverita*; y, en fin, otro académico de la época, Emilio Castelar publica una complacida crónica de *Una corrida de toros*.

No obstante, a algunos escritores importantes de la generación del 98 se debe la reconciliación final de la literatura con los toros. Puede decirse que con ellos empieza el acto o periodo tercero de las relaciones de la Real Academia. Empezó a gestarse este abrazo con la admiración que suscitó Belmonte entre los escritores más vanguardistas. Su atractivo de torero revolucionario era estimulante para la imaginación de los creadores. Chaves Nogales contó que fue acogido, para sorpresa del propio Juan, en la tertulia del Café de Fornos, en la que participaban escritores tan destacados como Valle Inclán o Pérez de Ayala, y pintores y escultores de tronío como Sebastián Miranda y Julio Romero de Torres. Chaves Nogales pone en boca de Belmonte, que su introductor en estos ambientes, que eran bohemios y románticos, fue el escultor Sebastián Miranda, gran aficionado. Se situaba el torero discretamente en un rinconcito del estudio poniendo sus cinco sentidos en entender algo de lo que decían. Confiesa el Belmonte de Chaves Nogales que “El esfuerzo de comprensión que tuve que hacer fue grandioso. Venir de robar naranjas por las huertas de los alrededores de Sevilla a sentarme en aquel cenáculo de artistas gloriosos, que discutían abstrusos problemas de filosofía o estética era una transición demasiado brusca y yo procuraba extremar

mi discreción". En 1912, los integrantes de esa tertulia promovieron una comida homenaje a Belmonte, que marca una nueva época de relación entre la literatura y el toreo.

La generación de novecientos, o del 14, si se quiere, marcó una orientación definitiva en la relación de los toros con la cultura española. Ortega y Gasset, Marañón, d'Ors, Pérez de Ayala y Madariaga, son los nombres fundamentales. Ortega se pasó la vida anunciando que estaba escribiendo un libro titulado *Paquiro o las corridas de toros*, que nunca llegaría a publicar, pero es conocido que estimuló a José María de Cossío para que preparara su monumental tratado sobre los toros. Es de Ortega, siempre tan sentencioso, esa conocida frase "Opínese lo que se quiera sobre aquel espectáculo, es un hecho de evidencia arrolladora que durante generaciones y generaciones fue, tal vez, esa Fiesta la cosa que ha hecho más felices a mayor número de españoles".

Ortega, Marañón y Pérez de Ayala fueron grandes amigos de los toreros de su época y vieron en las corridas un espectáculo admirable en el que, según este último, "se descubre constantemente al desnudo el carácter español... En ninguna parte -escribió don Ramón- como en los toros cabe estudiar la psicología actual del pueblo español".

Esta vinculación entre los toros y la literatura se estrechó, unos años después, con mucha más fuerza gracias a personajes que sintieron al tiempo ambas pasiones. Me refiero especialmente a Fernando Villalón y a Ignacio Sánchez Mejías. Ambos amigos de aventuras que se encontraban con frecuencia, en Pino Montano, la famosa finca del torero, o en la *Dehesa Majada Vieja* de Villalón, mientras pudo conservarla. Había intentado terminar Villalón, sin vocación ni ganas, la carrera de Derecho. Pero su destino era ser ganadero y criar toros, de verdad, bravos, de esos que no hubiera nadie capaz de tocarle un cuerno para adornarse, como recordó muchas veces José María de Cossío. Pero también escribía poemas en secreto que nunca pensó publicar. Y en un cajón estaban amontonados cuando su primo hermano Manuel Halcón los descubrió y publicó sin permiso del autor. Este es el origen del primer libro del poeta/ganadero Villalón titulado *Andalucía la Baja*, publicado en 1927, cuando ya era cuarentón. ¡Lo que es la vida!, quien reuniría con el tiempo el poemario taurino más extenso fue Gerardo Diego que sería una de las figuras más representativas de la generación del 27 y académico de la RAE; fue él quien hizo una reseña del libro en *La Gaceta Literaria*. Dijo el futuro académico que el libro era “distinto de todos...inesperado y áspero, tan

personal- es decir, de una persona, de un hombre- de Fernando Villalón, ganadero y hombre auténtico de campo con aficiones literarias". Al año siguiente, 1928, publicó *Toriada*, y poco antes sus *Romances del 800*. Su primo y descubridor, Manuel Halcón, también acabaría ingresando en la Real Academia Española con un hermoso discurso titulado *El prestigio del campo andaluz*.

Ignacio Sánchez Mejías era matador de toros consolidado, figura del toreo, como decimos ahora, pero mantuvo siempre sus grandes aficiones literarias. Las expresó, sobre todo, componiendo obras de teatro y, más esporádicamente, algunas poesías. Un seguidor habitual de Ignacio era José María de Cossío, que también acabaría ingresando en la RAE por los méritos enormes de su obra literaria y crítica. Fue Cossío quien presentó Alberti al torero en el hall del *hotel Palace*. Y además le pidió, sobre la marcha, que le recitara un poema, lo que hizo Alberti sin dudarle, entonando un terceto de su poema *Jinete de Jaspe*:

*Caracolea el sol y entran los ríos,
empapados de toros y pinares,
embistiendo a los barcos y navíos*

La naturaleza apasionada de Alberti hacía prever que se enamorara perdidamente de los toros y, en efecto, siguió, desde entonces, tan de cerca a Ignacio que hasta llegó a hacer el paseíllo, con su cuadrilla, en la plaza de Pontevedra. Claro que no se atrevió a salir del callejón. Contó el poeta en su autobiografía, *La arboleda perdida*, el miedo que había pasado solo con ver el toro cerca de la barrera e imaginando lo que sería recogerlo con el capote.

Villalón y Alberti habían estudiado en el mismo colegio de los jesuitas de El Puerto de Santa María, donde también lo hizo Juan Ramón Jiménez. Villalón, por lo dicho, tenía buenas relaciones con el torero y resultó fácil ampliarlas a otros literatos. Alberti era muy amigo de Federico García Lorca, y tenía buenas relaciones con Dámaso Alonso, Gerardo Diego, José María de Cossío y Melchor Fernández Almagro. Todos ellos llegaron a ser miembros de la Real Academia Española y Dámaso incluso su director. Todos bien relacionados con Villalón y Sánchez Mejías. Los toros y la literatura reunidos al fin.

Concibieron algunos miembros de este grupo la idea de celebrar el 300 aniversario de la muerte de Luís de Góngora. Se empeñaron en el proyecto Melchor Fernández Almagro, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, José Bergamín, Federico García Lorca y José María de Cossío. La amistad de todos ellos

con Ignacio Sánchez Mejías fue decisiva para que la reunión fuera propiciada por el Ateneo de Sevilla con el apoyo económico del torero. El acto se celebró el 17 de diciembre de 1927; la fecha no fue exactamente la del aniversario de Góngora que había muerto el 23 de mayo de 1627, pero sí se convirtió en la reunión emblemática que puso fecha de referencia a la “Generación del 27”. Aquel día intervinieron leyendo textos, Bergamín, Guillén, Chabás, Alberti y García Lorca. García Lorca recitó parte del *Romancero Gitano*, que todavía no se había publicado, y para terminar su actuación, de gran teatralidad, leyó el poema *Verde que te quiero verde*. El público, que abarrotaba el salón, lo llenó de pañuelos blancos y volaron hasta la tribuna las chaquetas de algunos asistentes, rendidos al arte del poeta. Al día siguiente participarían especialmente intelectuales andaluces, entre los cuáles, algunos muy vinculados al mundo del toro y la ganadería como el propio Ignacio Sánchez Mejías o Fernando Villalón. La fiesta acabó tarde en Sevilla, pero continuó en Pino Montano, la finca de Ignacio, en la que, según contó Alberti en *La arboleda perdida*, se vieron y escucharon maravillas: disfraces, juegos hipnóticos de Villalón, muy aficionado a la magia y el esoterismo, el guitarrista Manuel Huelva acompañando al cantaor Manuel Torre, *Niño de Jerez*, y a Dámaso Alonso, después de que hubiera corrido el vino, recitando de memoria la *Primera Soledad* de Luis de Góngora, que tiene 1091 versos.

Fue la generación de escritores españoles que más ha escrito sobre toros y corridas en toda la historia de España elevando los primores del toreo a arte poético. No solo escribieron sobre la muerte de Ignacio, el 13 de agosto de 1934, como consecuencia de las cornadas que le propinó el toro Granadino dos días antes en Manzanares. Más allá de esa desgracia, los toros, en diferente grado, fueron materia de inspiración para todos ellos. Hay páginas poéticas inolvidables sobre la muerte de Sánchez Mejías. Pero la ocasión fue propicia para recordar el arte y la tragedia en las plazas, como había hecho, pocos años antes, con una sensibilidad admirable, el poema de Fernando Villalón sobre la muerte de Espartero:

*Giralda, madre de artistas,
molde de fundir toreros,
dile al giraldillo tuyo
que se vista un traje negro.
Malhaya sea perdigón
el torillo traicionero.
Negras gualdrapas llevaban
los ocho caballos negros;
negros son sus atalajes
y negros son sus plumeros.
De negro los mayores
y en la fusta un lazo negro...*

García Lorca, Alberti y Gerardo Diego escribieron poemas inolvidables sobre la muerte de Ignacio Sánchez Mejías. El más popular es el de Lorca, escrito en los meses finales de 1934, que muchos consideran la elegía fúnebre mejor de nuestra literatura, con el *Llanto por la muerte de su padre* de Jorge Manrique, que siempre se ha considerado el modelo que inspiró a Lorca, y la Elegía de Miguel Hernández a Ramón Sijé.

*No hubo príncipe en Sevilla
que compararse pueda,
ni espada como su espada
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.*

Esto escribió Federico García Lorca en su *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, mientras Rafael Alberti componía *Verte y no verte*, donde dice:

*Por el mar Negro un barco
va a Rumanía.
Por caminos sin agua
va tu agonía.
Verte y no verte.
Yo lejos navegando;
tú, por la muerte...*

Y Gerardo Diego escribía su poema *Presencia de Ignacio Sánchez Mejías*:

*Así es como yo te quiero,
siempre, sí, banderillero...*

José María de Cossío también escribió un extenso poema recordando la personalidad del torero y la amistad que les había unido.

Fueron todos muy aficionados. Gerardo Diego, como ya he dicho, el que más se prodigó escribiendo versos con argumentos taurinos: *Torerillo de Triana, / frente a Sevilla. / Cántale a la sultana / tu seguidilla*. Esto escribió otra vez, además de su largo y emocionado *La suerte o la muerte*. *Poema del toreo*.

La relación con los toros de los muy ilustres miembros de la *Generación del 27*, no fue flor de un día, de aquel famoso día 17 de diciembre de 1927, en el que se reunieron los poetas en el Ateneo de Sevilla, sino que continuó con intensidad también en Madrid, sobre todo gracias a las tertulias literarias y, en especial, a la tertulia del *Lion d'Or*, en la calle de Alcalá, sobre la que Antonio Díaz-Cañabate, uno de sus principales animadores, escribió su *Historia de una tertulia*. Por ella pasaron todos los toreros, apoderados y peones importantes, junto a Gerardo Diego, Josep Pla, Eugenio d'Ors, Emilio García Gómez, Joaquín Rodrigo, Sebastián Miranda, Manuel Machado y, desde luego, el gran animador, José María de Cossío, a quien le había dado tiempo para publicar, poco después del acontecimiento del Ateneo, una *Antología titulada Los toros en la poesía castellana* (Compañía iberoamericana de publicaciones, 1931). No llegó a tiempo de recoger el soneto de su colaborador Miguel Hernández, que está entre los más hermosos que se han escrito nunca y que no me resisto a leer:

*Como el toro ha nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.*

*Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y el rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.*

*Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.*

*Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.*

Pero si he traído el recuerdo de los escritores y poetas de la *Generación del 27* y sus epígonos es porque un número representativo de ellos, los que no tuvieron que salir de España en la Guerra Civil de 1936-39, o no murieron como consecuencia de la contienda, contribuyeron desde la Real Academia Española a normalizar la utilización del lenguaje taurino y a convertir sus expresiones en la parte más reconocida del lenguaje usual de los españoles. Me refiero a los académicos Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Melchor Fernández Almagro, José María de Cossío, el autor de la impresionante enciclopedia taurina titulada “Los Toros”. Y con él, aunque su muerte lo privó de la gloria académica, que le hubiera correspondido

con seguridad, Miguel Hernández, a quien Cossío ayudó como pudo y obtuvo la colaboración del poeta en algunos aspectos de la redacción de su magna obra taurina. Y aún me quedaría por citar, entre los buenos académicos aficionados, a Manuel Halcón, de quien ya he hablado.

Ellos llevaron la cultura taurina a la Academia, lo que se notó enseguida en el crecimiento del vocabulario taurino en el Diccionario. Bastante léxico relacionado con los toros había sido incorporado al DRAE a lo largo del siglo XIX, pero el enriquecimiento de aquellos años ha dado lugar al formidable paisaje taurino y lingüístico que hoy ofrece la obra más emblemática de la RAE. He comprobado que el 30% del vocabulario taurino que recoge el Diccionario fue incorporado en los años en que los miembros de la *Generación del 27* están activos como académicos de la RAE, entre los años cuarenta y setenta del siglo XX. Y a partir de entonces es apreciable un crecimiento sustancial del léxico taurino en la obra hasta alcanzar más del 70%.

Algunas palabras y locuciones de origen taurino se recogieron en el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739). Las de más raigambre son *torero* (“El que por oficio, o precio, torea de a pié en las plazas”), *rejoneador* (El que rejonea), *correr toros* (corrida de toros, con definición propia no aparece hasta la edición de 1791). *Matador* está

en *Autoridades*, pero definido en general como “El que mata”, una acepción específica para los toros no aparece hasta la edición de 1852. *Tauromaquia* es palabra que no se incorpora al Diccionario hasta la edición de 1817 y se ve en ella la influencia de la *Tauromaquia* de Pepe Hillo, publicada en 1796.

No me cabe duda de que este crecimiento de la representación léxica de la cultura taurina no se debió a que súbitamente creciera o se normalizara y difundiera el vocabulario relacionado con lo taurino, sino a un mejor conocimiento y una mayor sensibilidad de los académicos, especialmente los escritores que formaban parte de la Academia, que supieron captar el lenguaje de uso corriente por los españoles, el peso de la tradición taurina en la vida de los ciudadanos.

En la actualidad el Diccionario de la Lengua Española de la RAE recoge 260 acepciones (en 229 artículos) que llevan la marca *Tauromaquia*, pero que tienen también otros significados fuera de ámbito. Por ejemplo: *abanicar, abrir, acoso, afeitar, aguantar, alegrar, aliviar, alternativa, arrastre, asistencia, burlar, cajón, cuadrilla, degollar, derechazo, doctorarse, embeberse, empeño, encajonar, espada, estoque, faena, farol, humillar, izquierdazo, mariposa, molinete, palo, pase, recorte, remate, suerte, templar, tendido o tercio,*

por citar solo algunas de las 229. 55 de ellas son palabras utilizadas exclusivamente en la tauromaquia; por ejemplo: *acachetar, afarolado, ayudado, becerrista, bernadina, chicuelina, derrote, descabello, embraguetarse, embroque, empitonar, encastado, estoconazo, gañafón, mansear, metisaca, miurada, molinetear, monosabio, muletazo, muletear, pastueño, perfilero, pitonazo, rebrincado, retienta, tentadero, toricantano o volapié.*

Cuando los hablantes arrebatan a los técnicos la exclusividad del uso de determinadas expresiones y pasan a emplearlas para hacer referencia a situaciones de la vida cotidiana, independizadas del ámbito que las vio nacer, nos hallamos en el nivel más profundo en el que una jerga puede ser asimilada por una lengua. Para que esto sea posible hace falta que la actividad en cuestión haya generado un léxico propio rico, pero además evocador, que hable de situaciones que puedan extrapolarse a la vida corriente, un léxico propicio para el juego entre lo real y lo sugerido.

El imaginario del mundo taurino ha sido especialmente atractivo para el trasvase de lo técnico a lo metafórico o figurado, que no ha dejado de producirse a lo largo de los siglos. Probablemente la tauromaquia sea el campo profesional o artístico que más palabras propias ha prestado a otras actividades y a la vida diaria.

Menciono, por ejemplo, las siguientes: *a las primeras de cambio, a toro pasado, acoso y derribo, al hilo de, al toro que es una mona, apretarse o atarse bien los machos, armar el taco, asomarse al balcón, cada toro tiene su lidia, cambiar de tercio, ciertos son los toros, coger al toro por los cuernos, cortarse la coleta, crecerse al castigo, dar el quiebro, dar la alternativa, dar la puntilla, dar largas, dar un baño, de aúpa, de bandera, hasta la bandera, hasta la bola, echar un capote, embraguetarse, empaque, en corto y por derecho, encelarse, entrar al trapo, entrar a matar, escurrir el bulto, espantá, espontáneo, estar al quite, estar de capa caída, estar en capilla, estar para el arrastre, faena, faena de aliño, farol y farolear, hacer o dar un desplante, la hora de la verdad, los toreros en las plazas los cómicos en las tablas, marrajo, miura, muletilla; música, maestro; no hay buen diestro sin banderillero, no hay quinto malo, para torear y para casarse hay que arrimarse, parar los pies, pasar por el hule, pasarse de castaño oscuro, paseíllo, pinchar en hueso, ponerse el mundo por montera, ponerse hecho un toro, primeros espadas, puyazo, que te pilla el toro, recibir un rejón, recibir un revolcón, recibir una cornada, relance, rematar la faena, salir por la puerta grande, saltar a la torera, ser flojo de remos, ser un figura, si el tiempo no lo impide y con permiso de la autoridad, suerte suprema, tener duende, tener más valor que el guerra, toro sabio de capas no hace*

caso, trapío, venirse arriba, ver los toros desde la barrera o vergüenza torera (Torres Martínez, Abella, Amorós, Lorca).

Muchas de las expresiones citadas desbordan el ámbito de la palabra. Van desde lo que llamamos *locución* hasta frases completas que se acercan a los refranes.

Algunas como *a toro pasado, ciertos son los toros, coger al toro por los cuernos o ver los toros desde la barrera*, evidencian por el empleo de la palabra *toro* en qué ámbito nacieron; también *echar un capote*.

Otras conservan la huella clara de su origen, pero no son, paradójicamente, expresiones que se utilicen en el mundo taurino. Se trata de las que se han formado utilizando el referente de los toros, de los toreros o de las corridas, pero que no tienen un uso técnico. Son aquellas donde el hablante se deja llevar por lo connotativo, donde se transparentan los valores asociados culturalmente a determinadas realidades: *ponerse el mundo por montera* figura en el *DLE* ya desde la edición de 1884; se definía allí como “No tener en cuenta para nada la opinión de los hombres, no hacer caso del que dirán”; hoy: “No tener en cuenta para nada la opinión ajena, no hacer caso del que dirán”.

Voy a terminar con lo dicho sobre la incorporación del lenguaje taurino al habla usual de los españoles de cualquier condición, cultos e incultos, y de cualquier orientación política. Renieguen o aplaudan la fiesta, la amen o la detesten. Todos usamos los mismos términos y hemos incorporado las expresiones taurinas a nuestro vocabulario. Durante siglos se ha discutido si los toros son una afrenta a las costumbres civilizadas o una muestra particular de la cultura de un pueblo. Hasta el Tribunal Constitucional español se ha inclinado por reconocer que los toros forman parte de la cultura, aunque más por intuición que siguiendo un argumentario bien razonado. Y he aquí que la clave está en la lengua. Hemos incorporado los toros a la parte más preciada de nuestra cultura, la que más vale y es más universal: el idioma que usamos para comunicarnos y entendernos con más de 500 millones de personas en el mundo.

Somos un pueblo que se ha desarrollado sin dejar atrás esos aspectos ancestrales y lúdicos de una tradición que es centenaria. Siempre han existido las protestas, que actualmente parece que están arreciando. Aunque no es posible darle toda la razón a don Ramón Pérez de Ayala, cuando afirmó que si desaparecían las corridas de toros desaparecería España, es seguro que, si tal ocurriera, España se transformaría en una nación más triste e irreconocible.

Usando, en fin, una de esas expresiones taurinas que forman parte del habla usual, les deseo que se *vengan arriba* esta tarde en la corrida y durante toda la feria de abril y disfruten con la prometedora temporada taurina sevillana.

Dentro de un rato volverá la emoción que dejó pintada Manuel Machado en su poema titulado *La Fiesta Nacional*:

*Una nota de clarín,
desgarrada,
penetrante,
rompe el aire con vibrante
puñalada...
Ronco toque de timbal.
Salta el toro
en la arena.
Bufa, ruge...
Roto, cruje
un capote de percal...*

Si pueden, no se lo pierdan. Muchas gracias por su atención.

Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de mayo de 2023,
Festividad de San Fernando,
Patrón de Sevilla.

LAUS DEO



REAL MAESTRANZA
DE CABALLERÍA DE SEVILLA